

FINALISTAS.

En este documento podrás leer todos los microrrelatos finalistas.

Aparecerá uno por página.

La organización recuerda que cualquier uso no autorizado, copia o distribución conllevará las medidas legales pertinentes.

MICRORRELATO GANADOR.

Me das la mano. Siento tus dedos encajar entre los míos y tu pulgar recorrer mi muñeca con suavidad.

Recuerdo los paseos que dimos juntos, las tardes sentados en un césped adivinando formas en las nubes, rodeados de las flores, el piar de los pájaros y la quietud de las afueras. Veo las flores que me rodean, adivino formas en las sombras que se esconden tras cada piedra y escucho las urracas en los cipreses.

Venía a cambiar las marchitas flores de tu tumba, a despedirme de nuevo. Pero aparentemente volvemos a vernos. Me agarras la mano como si no quisieras volver a perderme y me envuelves en el abrazo eterno del que sé que no me dejarás escapar. Ya no descansarás en paz, pero recorreremos juntos la ciudad.

SEGUNDO PUESTO.

Cuenta la leyenda que hace mucho tiempo una mujer vivía en estas tierras junto a su familia. Sin embargo, su forma de vida no gustaba a los habitantes, ya que trabajaba en el campo como los hombres mientras su marido cuidaba a los niños. Un día tuvo lugar una violenta discusión con sus vecinos a los que les molestaba su presencia en las vides. Esa misma noche cuando volvía de la recogida fue violentamente raptada. Solo pudo gritar el nombre de sus hijos antes de caer al fondo del seco pozo. A los pocos días, su esposo la encontró por el hedor y rodeada de moscas. Pasó el tiempo, el hogar se empobreció al no recibir ingresos por lo que tuvieron que vender la casa para comer y mudarse. Tras eso, un horrible incendio destruyó los cultivos de quienes la asaltaron no pudiendo cultivar nada en esas tierras desde entonces. Se escuchaban alaridos provenientes del pozo todos los atardeceres. El agua se evaporó y las plagas asolaron lo que restaba, hasta que todo el pueblo quedó reducido a cenizas. Vagaba por aquí durante las noches más frías para cuidar a los niños y así llenar su triste vacío.

Recuerda que solo es un cuento. Ahora hay que irse a dormir que se ha hecho tarde. ¿Me estás escuchando cariño? ¿Qué miras?

- Papá, ella no está triste, está sonriendo y duerme conmigo.

Se apagaron repentinamente todas las luces y esas fueron las últimas palabras pronunciadas en el hogar.

TERCER PUESTO.

Poco a poco se fue despertando con un olor a madera vieja y una sensación de humedad que no eran familiares. Estaba tumbado sobre una superficie dura y plana. Sin abrir los ojos, movió el brazo derecho, pero hizo tope en una madera. No podía pensar, las drogas todavía le hacían efecto y se encontraba mareado. Se incorporó instintivamente golpeando su cabeza con algo duro que le hizo recostarse de nuevo. Abrió los ojos: Oscuridad, silencio. Giró todo su cuerpo apoyándose sobre su brazo izquierdo y notó algo molesto en el bolsillo. Volviendo a la posición inicial metió su mano en el pantalón encontrando dos monedas; grandes, rugosas. En su bolsillo derecho encontró un mechero. Lo encendió y no vio más que su destino:

“Por lo menos no estás solo, tu familia está más cerca de lo que crees. No es nada personal, es solo que el azar, a veces, es caprichoso. Las monedas son para Caronte, de nada”

Estaba escrito con una letra más bien pueril en el techo de la tumba, las frases torcidas. No pudo evitar hiperventilar. El oxígeno se acababa. Miles de cosas pasaban por su cabeza. ¿Por qué? ¿Quién? Intentaba escapar, pero cada vez que golpeaba la madera se colaba tierra por pequeños agujeros. Sus nudillos sangraban, le dolían. Había trozos de uña incrustados en la madera y no todos eran suyos. No era el primero; tampoco el último. Nadie le escuchaba gritar. No quedaba mucho. Adrenalina. Ya no sentía nada: asimilación; soledad. Silencio.

Pasos

Todos aquellos que hayáis caminado alguna vez de noche por el campo lo sabréis.

El calmante sonido de las hojas mecidas por el viento, y la suave, aunque algo fría brisa en vuestra cara. La luna creciente, casi llena, que ilumina el camino pero deja ver las estrellas. El sonido de vuestros pasos, andando sobre la tierra y las rocas, conforme deambuláis por los senderos menos recorridos.

En cuanto la brisa amaina, se hace el silencio. En este mundo en reposo, los pasos suenan como la pólvora de una noche de septiembre, ensordecedores. El aire fresco invita a seguir caminando, aunque sea para mantener el calor. Poco después, os veis frente a la luna. Dejáis de vagar para observarla, y todo entra en calma, como mandado por su luz divina. La paz de medianoche se extiende como un manto hasta donde alcanza la vista.

Un alarido perturba el sosiego de la noche tranquila. Seguramente, un zorro regañando a sus crías. Tras la interrupción, vuelve el sepulcral sigilo de la oscura noche. La penumbra es apenas suficiente para reconocer el sendero. Es hora de deshacer lo andado. El gélido aire nocturno os hace tiritar, y la vista está nublada por la búsqueda del hogar. Entonces, la raíz de un árbol choca contra vuestro pie, y dais con vuestro cuerpo en el suelo. Inmóvil y en silencio. Pasos.

Un último deseo

Cuando la abuela murió, todos estábamos muy tristes. Por eso, la noche del entierro, organizamos una de nuestras tradicionales cenas felices, que consistían en alimentarnos a base de dulces. La tristeza se disipó entre kilos de azúcar. Tratábamos de hablar de todo menos de la abuela. Sin embargo, entre los cuadros de mujeres lúgubres y el olor a antiguo, su enorme casa nos recordaba a quién acabábamos de perder.

Y si pensáis que en una cena a base de dulces no hay postre, estáis equivocados. Es la parte más importante. Las manecillas del reloj parecían Guardias Galeses cuando la tarta llegó, imponente. Todos paramos de hablar. Estábamos absortos en perfectas capas de dulce. Era un delicioso pastel de diez pisos recubiertos en crema espesa, como la abuela hubiese querido. Fue mi madre la que tomó el cuchillo, era tradición que las mujeres dieran el primer corte.

Siguiendo las indicaciones de los mayores, nos colocamos alrededor del enorme dulce. Oramos un rato que se me hizo eterno, pidiendo por la felicidad de la abuela. Después, mamá apoyó el cuchillo sobre el piso más bajo del pastel. Pasó de repente. Me encontré pringado de pastel, todos lo estábamos. Con una explosión silenciosa, la tarta se deshizo. Se oyó un grito, el mío. Frente a mí, con una sonrisa satisfecha, estaba la cabeza inerte de la abuela, mirándome con su ojo de cristal. Siempre le gustó acabar las cosas a lo grande.

La brisa movía las hebras doradas de mi suelta cabellera. Bajo mis pies aquel gran acantilado que se alzaba sobre las orillas del Bósforo, donde las olas rompían con fuerza. Una bruma me rodeaba y mi vista tan solo podía posarse sobre una pequeña margarita, fija. Esa margarita, esa puta margarita, me estaba llamando desde la primera vez que la vi por mi ventana. «Decidido, la voy a arrancar, la voy a mandar a tomar por culo.» Me había dicho a mí misma. Me acerqué a ella, un paso, dos... y de pronto algo me frenó en seco. Una voz susurra mi nombre.

«... Hande ...»

Giro el rostro buscando el origen. No hay nadie... qué importa... Un momento ¿y la margarita?

«... Hande ...»

Vuelve, esta vez a susurrar, la voz. No escucho las olas, ya no. Lo único que escucho es la brisa a mi alrededor que hace ondear mi cabellera dorada. Otro paso más hacia el lugar donde segundos antes estaba la puta planta.

«¡Eh! Pedazo de cabrón, seas quién seas esa margarita es mía.» Espeté al aire de forma brusca. La margarita volvió a aparecer. Ya no se escapa. Caminé hacia ella dos pasos más y caí. Intenté agarrarme al borde del acantilado, pero solo caí, mientras caía alcé la vista en busca de la margarita, chancera y sarcástica, pero no estaba. Lo único que había era una mujer que vestía de blanco cuya cabellera era de color amarillo y que, mientras yo caía, sonreía.

Eran las 3 de la mañana y todavía no entiendo muchas cosas, entre ellas, que la alarma del móvil estuviera programada para esa hora, cuando en teoría yo debía levantarme a las 8 ¡como todos los días! Aún dormido extendí mi mano para alcanzarlo, siempre estaba sobre la mesa de noche, pero esta vez no.

Escuché que la alarma sonaba dentro del closet, pensé que a lo mejor había metido el móvil en el bolsillo de la sudadera que llevaba el día anterior, así que me paré de la cama hacía el closet, la puerta no abría, estaba pegada y mientras la alarma seguía sonando traté de encender la luz, pero no sé por qué no encontraba de dónde hacerlo, confieso que me asusté, sentía que estaba en mi casa, pero a la vez era como que no pudiera reconocerla.

El sonido de la alarma cada vez se hacía más fuerte, ya muy despierto comencé a forzar un poco la puerta hasta que por fin la abrí. Era extraño, no podía ver, ni sentir mi ropa, mi closet parecía un gran agujero negro, solo podía ver una pequeña luz blanca que me indicaba que el móvil estaba allí.

Me incliné hacía adelante para agarrarlo y cuando lo tenía en la mano hubo como un relámpago de luz... no pude con lo que vi: dentro del closet estaba yo, acurrucado, temblando de miedo, con el móvil en la mano, con la sudadera del día anterior puesta y sangrando por el cuello.

Llovía a cántaros y olía a monstruo. Esas eran sus únicas certezas a medida. Lentamente, se levantó del suelo y trató de sostenerse en pie. Se sentía tan endeble como un folio, tan débil que apenas podía pensar, apenas podía recordar lo que había causado que se encontrara en ese estado.

¿Había funcionado la invocación? El olor a monstruo sugería que sí, y, sin embargo, por más que escaneó el paraje, no vislumbró ninguna aparición venida del más allá. Tal vez el conjuro había fracasado. En tal caso, no sabía quién les ayudaría a lograr su difícil misión.

Un pensamiento se sobrepuso a su sopor. ¿Adónde habían ido los demás? Era imposible que le hubieran dejado solo: habían jurado permanecer juntos. No eran más que estudiantes jugando con lenguas arcaicas y la magia era más fácil de soportar conjuntamente. Tal vez habían huido al lugar que habían elegido antes de la ceremonia, por si algo salía mal.

Recorrió el bosque hasta encontrar el refugio, con el camino sembrado de pisadas y sangre, mucha sangre. Al llegar al lugar indicado, encontró a todos sus compañeros desplomados, con los cuerpos despedazados. Todos sus sueños destrozados, por la bestia que olía cercana. Y no fue hasta que se vio reflejado en el metal de la entrada cuando comprendió lo que había hecho, cuando vio su gran boca ensangrentada, su mirada oscura. La invocación no había salido como esperaban. Y ahora no sabía quién iba a ayudarle a aprobar los exámenes de la universidad.

SIN ALIENTO

Paseo por la noche fría y oscura mientras todo a mi alrededor se mueve tan rápido y tan lento a la vez que ya no puedo distinguir entre lo real y lo ficticio.

De repente, en medio de la calle y mientras todo me da vueltas, me topo con una caja de música vieja y desteñida que tiene una descripción la cual ponía: “si la has encontrado, no volverás a ser la misma que fuiste en el momento que la cogiste”. Ante ese pequeño mensaje, me sequé las lágrimas cristalinas y cuando procedí para abrirla, sentí como alguien me observaba desde el otro lado de la calle con una sonrisa peculiar color carmesí que nunca había visto en ninguna persona del barrio.

Seguí atenta y no dejé de mirarle a los ojos mientras seguía abriendo la caja cuando de repente, sentí un escalofrío que me recorrió toda la espalda seguido de la presencia de esa persona peculiar detrás de mí. En ese momento, no podía sentir ningún tipo de emoción ni, aunque aquella persona me dijera: *“he venido a por ti, a llevarte todos y cada uno de tus órganos vitales los cuales no necesitarás cuando te mate”*; lo que no sabía la persona es que hace mucho tiempo que ya estoy muerta y que era yo la que iba a descuartizarlo para poder llevarte todos y cada uno de sus órganos y huesos.

Sonreí, me miró con miedo, pero no tuve piedad.

La primera vez que mi amor sacó el revólver que le dejó huérfano, ni siquiera nos conocíamos. Habiendo perdido a sus padres tan recientemente esa arma tan anacrónica parecía ser un recuerdo de lo lejos que estaban los mejores días de su vida y lo fácil que sería abandonarlo todo.

Así que a lo largo de los años acabé reuniendo de una en una las seis balas. Cada vez que mi amor veía el mundo negro yo le daba esperanza cobrando únicamente un impuesto de metal y pólvora. Lamentablemente por mucho que ocultaba el revólver, este volvía a aparecer siempre que mi amor tanteaba abandonar la vida.

Me gustaría decir que nunca fui la causa que llevó a sacar esa asquerosa pistola de su encierro, pero la vida erosiona bellas ideas hasta convertirlas en recuerdos sin significado. Es verdad que he hecho algo terrible y sé que mi sucio amor está buscando su reliquia en casa, esperando mis lloros, súplicas y perdones. Me ha convertido en su juguete, en su perro fiel, en su excusa. ...

Me he cobrado en treinta años 6 balas y esta noche pienso usarlas todas.

ANURA

¿Qué cojones hago aquí? ¿Cómo he llegado a un puto bosque!? No me acuerdo de nada. Todo es confuso, la cabeza me da vueltas, no sé cuánto tiempo llevaré en este lugar.

- "Jsh" "jsh".

¿Qué ha sido ese ruido?

Solo es una rana, qué susto.

Yo me largo de aquí. Sigo viendo borroso, pero creo que puedo levantarme con la ayuda del árbol.

- "Pzzt".

¿Pero qué he pisado? No me jodas, de nuevo la puta rana, aunque ya queda poco de ella. Bueno, nadie llorará su muerte, y menos yo.

- "Crac".

- "Crac" "crac" "crac".

Eso no puede ser una rana, son demasiado pequeñas como para romper una rama.

Tengo que salir corriendo, no sé qué es lo que se acerca, es grande y en las condiciones en las que estoy no hay probabilidades de que salga bien de esta.

Dentro de poco no habrá luz con la que guiarme y este bosque parece demasiado extenso.

¿Qué cojones ha sido eso que acabo de ver!? No sé cómo describirlo. Ni en mis peores pesadillas habría podido imaginarme a semejante monstruosidad.

Se está acercando a mí, viene rápido.

¡Dios mío!

¡NOOO!

4 MESES DESPUÉS:

"Se encuentra un cadáver. La identidad del individuo está todavía por ser conocida. Un dato que ha llamado la atención a las autoridades es que el cuerpo se encontraba rodeado de un gran número de ranas. La hipótesis, según medios oficiales, es que las ranas encontraron refugio en la boca de la víctima."

El taxi equivocado

Es de noche. Leo ha salido del trabajo y decide coger un taxi para llegar a casa de su amigo, donde han quedado para cenar. Al subirse, le indica al taxista la calle y, posteriormente, ambos comienzan a conversar amablemente.

En un momento dado, Leo se inquieta al percatarse de que se están alejando de la ciudad, así que le pregunta al taxista. Este se limita a decirle que ha tomado el camino más corto que conoce. Finalmente, llegan a un bosque, donde el taxista para el coche. Leo está asustado, no sabe qué hacen ahí. El taxista mira fijamente a Leo, diciéndole que no se mueva de su asiento. Baja del coche y, después de buscar en el maletero, le coloca cinta aislante en la boca y le ata las manos y los pies con una cuerda. Leo intenta gritar para pedir auxilio, pero le resulta imposible. El taxista le coge con fuerza mientras él hace movimientos bruscos para intentar escapar. Se adentran en el bosque hasta que se encuentran a una persona con una máscara, que saluda a Leo mientras se descubre la cara. Leo no cabe en su asombro, ¡es su amigo! Él y el taxista cogen dos sierras que hay en el suelo y comienzan a cortar el cuerpo de Leo. Este grita y grita, pero nadie puede oírlo. Tiran las partes de su cuerpo a un hoyo que han cavado y, tras cubrirlo, se marchan en el taxi a cenar.

Era la noche del 24 de diciembre. Andrés se despertó de la pesadilla empapado. Con la poca luz de una farola de la calle que sus cortinas permitían entrar en la habitación, pudo comprobar que de nuevo estaba en su dormitorio, pero la cama de su hermano pequeño estaba vacía. Al destaparse, un soplo de aire enfrió el sudor que le cubría. Se levantó y empezó a andar hacia la puerta. Con cada paso, aunque lo daba con el mayor cuidado que podía, hacía crujir el suelo de madera.

Pudo abrir la puerta sin que chirriara y se dispuso a cruzar el pasillo hacia el salón. En el absoluto silencio de la noche, podía escuchar los latidos de su propio corazón acelerarse. Nada más pisar dentro del salón sintió que pisaba un líquido viscoso y caliente. La luz de la habitación se encendió de repente y vio los cuerpos degollados de sus padres alrededor del árbol de Navidad.

“Nos han mentado Andrés, Santa Claus no existe.”